

JUAN SIERRA Y MANUEL HALCON: DOS ESTILOS SEVILLANOS*

por AQUILINO DUQUE GIMENO

Cuando un amigo se nos va para siempre y ese amigo es escritor, siempre nos queda el consuelo de volver sobre su obra. Dentro de lo precario de la vida humana hay semblanzas de inmortalidad y una de ellas es la que confiere el cultivo de la amena literatura. Esa inmortalidad al alcance de todo el que escriba y publique suelen referendarla las Reales Academias, al menos mientras viva el interfecto, ya que una vez que éste lo es, su inmortalidad suele perderse en el olvido. Siempre digo que lo mejor de un artista está en su obra, ya que en ella suele poner lo que en él hay de inmortal, que es su alma. Si el artista que nos deja nos favoreció además con su trato, estamos en posesión de rasgos de su alma que a lo mejor no están en sus escritos, y esos rasgos, que vivirán lo que vivamos nosotros, no tendrán otra inmortalidad que la que les confiera su evocación en letra impresa. Mucho —todo— lo que sabemos de Fernando Villalón lo sabemos por lo que de él nos contaron o escribieron Gerardo Diego, Rafael Alberti, Romero Murube y, sobre todo, su primo Manuel Halcón. Mientras vivió Halcón, Villalón fue un personaje inagotable que, errante acaso en su ronda teosófica, aparecía con frecuencia en la amena charla de su deudo. Ya es Alberti el único superviviente de los amigos de Villalón, de esos amigos gracias a los cuales el que más y el que menos ha tenido la sensación de ser contemporáneo y tertulio del estupendo poeta y extravagante ganadero. Yo alcancé a conocer a un sentencioso guardián

* Disertación leída el día 24 de Noviembre de 1989.

de la necrópolis romana de Carmona del que Gerardo Diego, en la semblanza de Villalón de su célebre Antología, cita esta frase: «Nadie sabe lo que se come la tierra». La Antología de Gerardo apareció cuando yo tenía un año y muchos años después le pregunté a Gerardo si es que él había conocido a ese hombre, que por cierto también se llamaba Fernando, y me dijo que no, que esa anécdota era una de las muchas que solía referir el propio Villalón, muerto un año antes de nacer yo. Por su parte, Halcón me contaba los apodos y remoquetes que Villalón les aplicaba a los poetas del grupo *Mediodía*: a Porlán le llamaba Cemento Porlán, a Romero Murube, poeta de arriate, a Laffón, el vil poeta de María... No he podido saber los nombres que les daba a otros, como Juan Sierra, por ejemplo. Ya no está Halcón para decírmelo como tampoco está Juan Sierra, que ambos, por caminos muy distintos, aunque en breve espacio de tiempo, se fueron a hacerle compañía a Fernand Villalón.

A uno y a otro, a Juan Sierra y a Manuel Halcón, les confirió su inmortalidad la Real Academia Sevillana de Buenas Letras al nombrarlos académicos de honor. Manuel Halcón asistió a una sesión ordinaria un húmedo anochecer de otoño en una escapada que hizo a Sevilla; Juan Sierra pisó la Academia por última vez un tibio atardecer de primavera con motivo del homenaje rendido a la memoria de Alejandro Collantes de Terán. En ambas ocasiones ya era antigua mi amistad con el uno y con el otro.

Juan Sierra era asiduo de las tertulias y recitales que protagonizábamos los jóvenes poetas sevillanos de los años 50 y era de los que prolongaban la velada literaria por los mostradores de los montañeses. Pasados los años, viviendo yo en Roma, se me presentó Juan Sierra con su hijo Quino y un cura automovilista. Fueron unos días inolvidables. A Juan Sierra le acababan de reeditar en Méjico su libro *María Santísima*, de décimas a diversas advocaciones de Nuestra Señora; recorrió ruinas y monumentos y realizó dos visitas *ad limina*: a Eugenio Montes y a Rafael Alberti. De ese viaje datan algunos versos, incorporados al libro que por entonces tenía en proyecto: *Alamo y cedro*, y que sólo vería la luz once años después, en 1982. De esos versos, tal vez los mejores sean los que dedicó a una muchacha que, con dos botellas de leche colgando del manillar de la bicicleta, cruzó ante él por la interminable y monótona llanura

padana. En ese libro hay versos de épocas muy diversas, pero es tal su intemporalidad que sólo alguna acotación extraliteraria permite fecharlos. Son versos escritos en los años 70 que no se diferencian en nada de otros escritos en los años 20 ó 30; pudieron haber aparecido en las páginas de *Mediodía*, una revista que sigue siendo moderna, porque lo moderno, dice Manuel Díez Crespo, es lo que está bien hecho. Y bien hecha estaba *Mediodía* y bien hecha está la poesía de Juan Sierra, una poesía por la que no pasa el tiempo. Ahí está el soneto alejandrino a Manolete —*la cornisa cumplida y el remaje severo*—, cuya muleta gira aún en el seno de la muerte. Creo que el poeta y profesor sevillano Jacobo Cortines sintetiza la poesía de Juan Sierra en el título de uno de sus libros: *Claridad sin fecha*. Cada uno de sus versos conserva la misma tersura con la que nació y es difícil en ellos encontrar una arruga o una sombra. Claridad en Sierra es sinónimo de pureza y esa pureza y esa claridad, contemporáneas del perfil del aire de Cernuda, de la primavera delgada de Guillén, infunden una insólita intemporalidad a los temas devotos, cuya pureza de contenido no siempre corre parejas con la claridad formal. Sus versos de Semana Santa no son versos de pregón, sino de meditación sobre un tiempo, el litúrgico, incólume a las mudanzas del tiempo histórico. Tampoco puede decirse que, de un modo absoluto, lo histórico esté ausente en la claridad sin fecha de Juan Sierra. Uno de sus raros poemas fechados lo está en 1937 y en Sevilla y trata de un bombardeo de aviación. Por aquéllas fechas Octavio Paz, otro poeta bastante intemporal, escribía sobre el mismo tema en Madrid, y en ambos casos el poema se centraba en el hecho y hacía abstracción de las circunstancias de tiempo y de lugar. Tampoco tiene fecha el poema que Sierra dedica a Cernuda en 1928 y que titula *Meretriz en la Alameda de Hércules*. Muchos años más tarde, sesenta años más tarde exactamente, en abril de 1988, leía yo esos versos en el recital que en homenaje a Cernuda se celebró en los jardines del Alcázar. En esos actos de homenaje no quise que faltara la voz del único poeta vivo de Sevilla que había tratado a Luis Cernuda y ya que los achaques le impedían asistir, di lectura a esos versos suyos que del modo mejor aseguraban su presencia. En esos versos había además una nota importante en el poeta, cual era la introducción deliberada de elementos prosaicos y un alargamiento del verso para evitar que la claridad y la medida

congénitas de su estilo hicieran, a fuerza de prodigarse, que éste degenerase en manera. Sin embargo, ni en la más caótica de las enumeraciones, ni en la más automática de las escrituras, ni en el más onírico flujo de imágenes, ni en el más empedernido surrealismo, tanto a lo humano como a lo divino —véanse sus composiciones sobre la salida de la Hiniesta y la procesión del Calvario— pierde Juan Sierra el sentido de la claridad, nombre que tiene en él el sentido de la realidad. Esa claridad suya la tomaba Juan Sierra del cielo de Sevilla, de la celeste realidad que lo envolvía, y a fuerza de mirar esa realidad, de mirar ese cielo azul, los ojos azules del poeta fueron disolviéndose en él, en esa azul neblina pura y sin mancha de Día de la Inmaculada que es el cielo andaluz, el cielo de María Santísima.

No fue Juan Sierra el único poeta de su temple y de su pureza que se quedó en Sevilla a cultivar el huerto cerrado de su poesía, y lo dicho de otros, de Romero Murube, de Alejandro Collantes, de Rafael Porlán, de Rafael Laffón, es aplicable a él. Ya he dicho en alguna ocasión que a un poeta se le empequeñece por la geografía y en España, ningún poeta que se resista a salir de su rincón puede evitar que lo encasillen como poeta menor. Poco importa que Juan Sierra logre en su obra, breve si se quiere, honduras insondables y transparencias celestes; poco importa a los efectos de los que consideran la literatura como una profesión en la que hay que triunfar. El poeta puro, máxime en el caso de un poeta que tanta formación cristiana como Juan Sierra, sabe que la poesía es un don divino, «el don preclaro de evocar los sueños» y que su ejercicio no es incompatible con la vida serena, con la vida retirada, con la vida del que huye del mundanal ruido. Está claro que Juan Sierra no tuvo con sus versos la enésima parte de la popularidad que su hijo Quino alcanzó en los campos de fútbol, y esto viene a demostrar que, para el que cree en El, Dios escribe derecho con reglones torcidos, y qué mas da si la aclamación nos viene del árbol que plantamos, del libro que escribimos o del hijo que engendramos.

Muy distinto destino del de Juan Sierra, modesto funcionario de Hacienda, fue el de Manuel Halcón. Manuel Halcón, hijo del marqués de San Gil, marqués con el tiempo de Villar del Tajo, título que había llevado su primo Jerónimo Villalón-Daoiz, hermano de Fernando, conde de Miraflores de los Angeles, pertenecía a una

clase en la que es muy difícil dejar de figurar. Los sevillanos se dividen en dos clases: la de los aspirantes a figurar y la de los que figuran porque no tienen más remedio. Hay, por supuesto, una tercera clase de figurantes, pero en el sentido teatral o cinematográfico del término, a la que pertenecen todos los demás y que no por ser sevillanos de tercera son siempre lo que Machado llamaba andaluces de tercera. El caso es que un sevillano que al nacer es heredero de dos o tres títulos y hermano de tres o cuatro cofradías, figura ya desde la cuna, aunque al llegar a la mayoría de edad el mundo le resulte menos ancho de lo que se figuraba. ¿Fue éste el caso de Manuel Halcón? A Manuel Halcón Sevilla debió de quedarle estrecha y figurar en ella y en lo que él quería, que era la literatura, no debió de atraerle demasiado. Lo que Séneca es para los cordobeses es para los sevillanos Diego Velázquez, paradigma lacónico en tierra de charlatanes, y desde Velázquez es Madrid para los sevillanos «teatro de la grandeza», un teatro en el que tenían siempre abierta la casa del conde duque de Olivares. A Manuel Halcón se lo llevó de Sevilla el vendaval de la guerra; y durante la guerra dirigió aquélla gran revista que fue *Vértice* y estuvo en Italia en misión oficial y ya con la victoria fue nombrado nada menos que Canciller de la Hispanidad, en cuya veste recibió la visita de su paisano Juan Sierra. Luego vinieron las dimisiones por lealtad al Infante impaciente y esa Cancillería se debió de disolver en la celeste ironía de la mirada de Juan Sierra, que vió en ella más lo que había de teatro que lo que hubiera de grandeza. Volvió el villano a su rincón pero el gran señor no fue capaz de alejarse del teatro, en el que aún sería, entre otras cosas, director de *Semana* e individuo de número de la Real Academia Española.

Hay que decir que en este teatro de la grandeza, en ese Madrid velazqueño, Manuel Halcón perdió alguna que otra vez los papeles y que eso le ocurrió cuando, maestro en el relato corto como era, respondió al desafío de la novela psicológica. Por desgracia, en el cultivo de ese género la verosimilitud de los personajes requiere cierto distanciamiento cínico, y Halcón admiraba demasiado a los personajes de su mundo poético, o de su medio social, sobre todo a los femeninos, como para ensañarse con ellos. Con todo, en *Las aventuras de Juan Lucas*, hay un personaje de mujer fuerte, doña Ana, que acusa rasgos de parentesco literario con Diana Vernon,

la amazona que Walter Scott saca en *Rob Roy*, otra historia de bandoleros, y el protagonista de *La gran borrachera*, novela aparecida en 1949, tiene con *El flagelante de Sevilla*, de Paul Morand, publicada en 1951 e iniciada en Sevilla en 1949 también, demasiadas afinidades como para no haberlo en cierta medida inspirado. Nada de particular tendría que Morand, rodeado de la biblioteca particular de Romero Murube en la Casita del Moro, en el callejón de la Judería, sacara de *La gran borrachera* la idea inicial de su novela de España bajo ocupación francesa, patente metáfora de la novela que entonces le resultaba peligroso escribir sobre Francia bajo ocupación alemana.

De todos modos, es en *Los Dueñas* en la novela donde Halcón acierta más, y es por la sencilla razón de las páginas que en ella le dedica al campo. Un escritor muy distinto de Halcón, Miguel Hernández, necesitaba sentir la arcilla bajo sus alpargatas; Halcón la necesitaba bajo sus botos camperos. En el asfalto uno y otro resbalaban por igual; sólo el campo les devolvía su aplomo, y Manuel Halcón ni que pisarlo tenía; le bastaba con que lo pisara su caballo siempre que él sintiera entre las piernas la zalea de la silla vaquera. He dicho en otra coyuntura que es Halcón, junto con José de las Cuevas y con José Antonio Muñoz Rojas, el escritor contemporáneo que con más autoridad se ha ocupado del campo. Apoyado en esa autoridad intervino, como intervino José de las Cuevas, en cierta polémica promovida por cierto obispo deseoso de trocar la mitra por la boina. La Santa Madre Iglesia, como consecuencia del segundo Concilio Vaticano, trataba, digámoslo caritativamente, de adaptarse a los tiempos y plegarse a las sinuosidades de la Historia. Por aquéllos años hizo su aparición una novela memorable: *El gatopardo*. En esta novela hay bastante más que la frase por la que el vulgo ilustrado la recuerda; por ejemplo, una conversación sobre el inminente cambio político en el reino de Nápoles entre el príncipe de Salina y su capellán, el padre Pirrone. El capellán acusa a los terratenientes de ponerse de acuerdo con los masones para salvarse ellos a expensas de la Iglesia, y el príncipe replica que también la Iglesia, con tal de salvarse, no vacilaría en echar por la borda a los terratenientes. Algo de esto pasaba ya en la España de finales de los 60 de este siglo, y Manuel Halcón, terrateniente al fin y al cabo, y terrateniente con la conciencia tranquila, le pedía a monseñor Añove-

ros que en lugar de denunciar males abstractos denunciara con nombres y apellidos los males concretos. Lo malo es que, como siempre ocurre, por aquéllas calendas también, la razón no se le daba al que diera razones sino al que trotara «en el sentido de la Historia». Ya podría haber Halcón escrito *El gatopardo* que no por ello se libraba de la condena inapelable de «la Historia», esa «Historia» que hoy, a finales de los 80, se va por los sumideros de Varsovia, de Berlín, de Budapest y de Moscú, aunque hace veinte años le guiñara el ojo y le tendiera la mano el santo padre Juan XXIII. Tanto es así, que a mediados de los 70, cuando los españoles nos aprestábamos al cambio (de duros por pesetas), un novelista sevillano que le debía mucho a Halcón en el terreno humano y en el profesional, decía en un coloquio radiofónico que no podía disculpar el hecho de que Halcón, en medio de otras virtudes, fuera dueño de cientos de hectáreas.

Mi primera noticia de Halcón fue un cuento oído por radio, en Madrid, teniendo yo once o doce años. La frase inicial me cautivó por su concisión y su colorido. Decía: «Hasta la sombra de mi árbol genealógico es azul». Con el tiempo tuve ocasión de acercarme a esa sombra, a esa buena sombra, y esa ocasión me la deparó la concesión, por mi novela *El mono azul*, del Premio Nacional de Literatura, cuyo jurado presidió Manuel Halcón. Ya el año precedente, cuando en la Feria del Libro madrileña firmaba yo ejemplares de ese libro, finalista del Premio Nadal, se me acercó él para que le dedicara su ejemplar, preguntándome con simpática llaneza que si sabía quien era. Yo debí de contestarle que la duda ofendía y allí puede decirse que empezó nuestra amistad. En una conversación con Alfonso Grosso, que a la sazón dirigía Ediciones del Centro a las órdenes de Ricardo de La Cierva, comprendí que el horizonte estaba muy despejado para concurrir al Premio y sacarme la espina del Nadal. No hay nada más limpio que un barco a punto de zozobrar, cuando las ratas empiezan a abandonarlo. Y así gané el Premio y con él gané una cosa aún más importante, que fue la amistad de Manuel Halcón. Antes de estos lances yo a Halcón no lo debía de ver arriba de un par de veces y siempre desde lejos. Una fue precisamente cuando era él quien firmaba ejemplares de su *Monólogo de una mujer fría* en el Paseo de Recoletos, donde aquél año estuvo la Feria del Libro. (El año mío estuvo en el Retiro). Manuel

Halcón era entonces un hombre apersonado, de color quebrada, terno oscuro, corbata gris perla en arco sobre el pecho y anteojos color de caramelo montados al aire que firmaba con mundana cortesía. Debo decir que aquélla estampa de gran señor de buena facha y cuidada indumentaria la miraba yo desde mis prejuicios sociales y literarios de entonces. Fue por aquéllos tiempos cuando Halcón ingresó en la Real Academia Española en contienda con el erudito Rodríguez Moñino, cuyo expediente en zona roja alguien se ocupó de desempolvar, como siempre ocurre en tales casos. Halcón contaba además con el apoyo resuelto del Ministro de Educación Nacional, que era el caterático don Jesús Rubio y García-Mina. A eso se juntaba la alusión despectiva a los *Recuerdos de Fernando Villalón* por parte de Rafael Alberti, no recuerdo ahora si de viva voz o en *La arboleda perdida*. Según Alberti, Villalón odiaba a muerte a toda su casta, sobre todo a su hermano Jerónimo, a quien culpaba de todas sus calamidades, y Alberti, que lo tomaba todo al pie de la letra, le reprochaba a Halcón que no hiciera otro tanto. Había sido en el Ateneo de Sevilla, en una conferencia sobre Fernando Villalón, anticipo del libro inminente, el mejor de todos los suyos, cuando yo ví y oí a Manuel Halcón por vez primera.

En los últimos trece o catorce años de su vida lo he visto mucho, en Sevilla, en Madrid y hasta en «El Cañuelo», el cortijo de Mairena del Alcor donde escribió *Los Dueños*. Hemos pasado revista a todo lo divino y lo humano y siempre se tomó por mis afanes literarios un interés conmovedor. Me contaba lances divertidísimos, importantes para la historia menuda de los albores del régimen actual. Al regresar Alberti del exilio, lo invitó junto con Bergamín y otras personas y en la sobremesa dice Bergamín dirigiéndose a Alberti:

— ¡Lo que es la vida! ¡Mandamos al exilio a un joven poeta y nos devuelven a una puta vieja!

En otra ocasión, me comentaba Manuel Halcón que Pemán, que aún vivía, se había pasado la vida defendiendo al Altar, al Trono y a la casa Domecq, y que la única que lo había premiado había sido la casa Domecq al concederle la mano de una doncella de la familia, pero que ni el Altar le había otorgado el capelo cardenalicio ni el Trono el Toisón. Aquélla primavera fui convocado para participar en un homenaje a Pemán por el grupo poético *Madrigal*,

de Puerto Real, homenaje que el almirante Gener Cuadrado, presidente del grupo, puso bajo el alto patrocinio de S.A.R. el conde de Barcelona. Yo mandé un artículo en el que recogía el comentario de Halcón. Ni mi artículo se publicó en *Madrigal* ni el homenaje llegó a celebrarse, no sé si por achaques de don José María o de don Eduardo al almirante, ya en dique seco para su desguace. En cambio no habían pasado quince días cuando Pemán era trasladado de Cádiz a la Zarzuela, donde, en presencia por cierto de Manuel Halcón, se le impuso el anhelado Toisón.

Manuel Halcón y yo nos hemos reído de muchas cosas como también me he reído de muchas cosas con Juan Sierra. En un medio como el literario, en el que lo corriente es la seriedad del burro y la mala educación, personas como Halcón y como Sierra eran un verdadero regalo. Hay grandes escritores que harían muy bien si no salieran de las páginas de sus libros. Otros hay que son además perfectos caballeros y amigos ejemplares. Ya se ve si eran distintos los dos escritores sevillanos cuyos perfiles he tratado de bosquejar y pocos hay que en mi recuerdo les iguallen en buen estilo, un buen estilo personal que no puedo evitar se refleje en las páginas, para mí imborrables, que dejaron escritas.